

Rafael Argullol

El vigía

A Rafael Sender

No sé cuándo empezó esta historia, si es que empezó alguna vez más allá del momento en que cada uno de nosotros la hizo empezar. Para mí fue justamente hace dos años, la víspera de la festividad de Todos los Santos. Lo sé con exactitud porque también aquel día, como haré hoy, había ido a un concierto al Palau de la Música.

Es *él* —me dijeron mis acompañantes.

¿Quién?

Él.

Él era el protagonista de la historia. Nunca tuvo un nombre o, al menos, nadie lo averiguó. Lo vi, al levantarnos tras los aplausos, unas filas más atrás: un hombre mayor, aunque no exactamente lo que consideramos un viejo, alto, enjuto, con el cabello muy blanco. A primera vista no me pareció nada especial.

Pero fue la primera y la última vez que no me lo pareció. Pronto supe que sí era especial pese a que se hacía difícil saber por qué lo era. En la escena, tras el concierto, no se habló de otra cosa; *él* era especial. Y en los días siguientes el eco se amplió: *él* era especial. Entre los que me rodeaban había tantos que lo afirmaban que me resultó milagroso no haberme enterado antes. Me preocupó un poco no oír el trueno con el tiempo suficiente para guarecerme de la tempestad.

Para compensar mi sordera anterior escuché con atención todo cuanto se refería al personaje. Muchos tenían abundantes informaciones. Demasiadas: las pistas se cruzaban en enmarañados laberintos y las huellas se desvanecían en remotos paisajes. Pronto me di cuenta de que *él* estaba

herméticamente camuflado en la cantidad de datos que le concernían. A cada nueva información aparecía una nueva máscara.

Él llegó hace poco a la ciudad.

En realidad ha vivido aquí toda la vida, pero no lo sabíamos.

Ambas hipótesis tenían partidarios decididos por igual. Unos se inclinaban por la lógica; los otros, por el misterio. Parecía normal que si ahora, y no antes, se había armado tanto revuelo se debía a que su irrupción era reciente. Los fascinados por el misterio reclamaban una explicación más sutil en la que su actual salida a escena era algo premeditado tras un largo período de preparación.

El problema era que los dos bandos se podían fragmentar ilimitadamente cuando se entraba en los detalles. ¿Era la visita de un extranjero o, por el contrario, el retorno de quien había estado ausente durante largos años?

Él es un extranjero.

Es de aquí, estoy convencido.

Por su aspecto es imposible averiguarlo.

Para los defensores a ultranza de su exilio interior, las respuestas eran más variadas puesto que, al tener que justificar las causas de su reclusión, la fantasía se desbordaba. Se apuntaban enfermedades físicas y psicológicas, así como atormentados trazos biográficos que se enraizaban en lejanos subsuelos familiares y políticos.

Lo único en lo que todos concordaban era en su fulminante ubicuidad.

Está en todas partes.

«Todas partes» era, como es natural, un territorio distinto según el interlocutor que hablara. Lo inquietante era, sin embargo, que *él*, en efecto, parecía haberse introducido, aunque siempre fugazmente, en cada uno de esos territorios. Para los melómanos, *él*, desde hacía «un tiempo», aparecía, como el día en que yo lo vi por primera vez, por el Palau de la Música o por el recién reconstruido Liceo. Pero otro tanto podían decir los amantes del teatro, del deporte, del cine... puesto que todos ellos saciaban su curiosidad con su presencia, nunca inadvertida, en salas, estadios y, de un modo más general, en cualquier recinto público de la ciudad. Tampoco hacía distinciones entre el amor al día y a la noche, pues se comentaba haberlo visto tanto entre los paseantes madrugadores del puerto como en locales nocturnos de barrios muy alejados entre sí.

Se está convirtiendo en un fenómeno.

Era cierto. Pero lo que más me extrañaba de aquel fenómeno es que pudiera suceder en una gran ciudad como Barcelona. Si algo similar hubiera ocurrido en un pueblo sería solo una extravagancia más o menos divertida. En Barcelona era una extravagancia incomprensible. ¿Cómo había podido prender aquella chispa haciendo que el fuego se extendiera por todo el bosque? ¿Cómo podía concentrarse de tal manera la atención en un hombre entre millones? En *él*, que siempre estaba solo y siempre permanecía silencioso.

Como tantos otros ciudadanos, lo vi varias veces desde aquella primavera, la víspera de Todos los Santos. Por así decirlo, ya formaba parte de la geografía de la ciudad, aunque sus apariciones eran siempre imprevisibles, defraudando por lo general las expectativas de quienes esperaban que apareciera. Lo vi suficientes veces como para percibir que su figura estaba protegida por un halo espectral que le hacía imponente y distante al mismo tiempo. No hablaba con nadie ni nadie se acercaba a hablarle. Todos disimulaban su presencia pese a que tal presencia era, a menudo, el acontecimiento que desataba los murmullos y las miradas de reojo.

Nada explicaba por qué *él* se había transformado en el corazón secreto de la ciudad. Sin embargo, desde otra perspectiva la constatación era rotunda: la telaraña de rumores construida a su alrededor se había adherido a las calles de la ciudad de manera que una y otra se confundían.

La telaraña era cada vez más amplia, los hilos más complejos. También los rumores atrapados en ellos eran cada vez más espesos, de mayor intensidad. Empezaban a implicar sinuosas historias en que el pasado de la ciudad fluía a borbotones. Con *él* retornaban sucesos caídos en el olvido, crónicas enterradas, viejas pasiones ocultas bajo la piel del presente. Ya no suscitaba solo curiosidad sino temor y, en algunos, en aquellos que por una u otra razón deseaban recordar, también esperanza.

A los pocos meses de que la historia hubiera empezado, cuando menos para mí, la ciudad parecía completamente aturdida, como bajo el aliento de un gigante.

Es inexplicable que *él* no salga en los periódicos ni en la televisión.

Era inexplicable pero verdad. Contra lo que podía preverse en alguien que se había convertido en un fenómeno ciudadano, ningún medio de comunicación hizo alusión a su persona. Esto resultaba tan enigmático

como su propia aparición, y las diversas interpretaciones no dejaron de producirse de inmediato.

Nadie se atreve a enfocarlos con su cámara.

Nadie quiere comprometerse escribiendo sobre él.

Absurdo, desde luego, en circunstancias normales, este hecho era aceptado como notable acuerdo entre aquellos que se lo preguntaban. Parecía asumirse que una espada invisible pendería, en adelante, sobre la cabeza de quien incurriera en la temeridad de dejar testimonio gráfico o escrito de su presencia. Una ley no promulgada exigía que nos refiriéramos a él tan solo con la fugacidad de las palabras que pronunciaban nuestras bocas.

Con el paso del tiempo, los rumores se hicieron selectivos, solemnes, descartándose los relatos superficiales y frívolos. Si una sombra tan poderosa se había abatido sobre la ciudad era coherente pensar que la causa que la había determinado era, asimismo, muy poderosa.

Cesaron las especulaciones sobre su edad y su condición social, sobre múltiples anécdotas de su vida que, ciertas o inventadas, se habían esparcido por la ciudad. Creció, en cambio, la sensación de que él, habiendo venido de muy lejos o habiendo permanecido siempre entre nosotros, estaba cumpliendo una misión.

Si ha venido es por algo.

No es casualidad que haya aparecido ahora.

Seguro que su presencia significa más de lo que creemos.

El carácter de esta *misión* era expresado de muy distintas maneras, pero había un fondo sobre el que las voces coincidían: él resucitaba de algún modo el pasado de cada uno y, colectivamente, el de la ciudad. Era un guardián, un ángel custodio de la memoria, y esta condición determinaba que su presencia nos descorazonara y nos atrajera de modo simultáneo. Como portador del olvidado y saqueador de lo sepultado poseía un dominio magnético al que no era posible escapar. Lo admirable era que en cada uno este magnetismo obrara singularmente, desnudándolo ante su pasado y haciéndolo habitante de una ciudad desnuda.

Ha vuelto para obligarnos a recordar.

No te engañes, nunca salió.

Esta última afirmación obtuvo un día el apoyo de un descubrimiento sensacional que se propagó a la velocidad de un rayo que, al fin, iluminaba

algo de la noche de la confusión: *él* vivía en un céntrico hotel del Paseo de Gracia. Al descubrimiento sensacional se le sumó un añadido no menos sensacional: *él* vivía en el hotel desde hacía mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo?

Desde los años cincuenta.

Desde los sesenta.

Las décadas se sucedían, dilatándose hasta límites imposibles. Se iniciaron tímidas peregrinaciones hacia las cercanías del hotel. Todos, por otra parte, lo conocíamos bien, pues era uno de los de más solera de la ciudad. Pero ¿qué hacía *él* en aquel hotel? Y en especial: ¿por qué?

Se dispararon de nuevo las especulaciones. A todos nos parecía haberlo visto entrar y salir del hotel. Algunos expresaron su intención de sobornar a algún empleado. Tras tanta incertidumbre, aquella se presentaba como una ruta segura hacia la médula del enigma. Las preguntas se repetían frenéticamente.

¿Qué hacía allí?

Si por lo menos los periódicos se atrevieran a informar. Y la radio, y la televisión.

Echábamos en falta la noticia compacta y sin fisuras a la que estábamos acostumbrados. Pero solo recibíamos pedazos, que había que analizar con minuciosidad, detalle a detalle, para tratar de incorporarlos, después, a un rompecabezas que nunca estaba completo del todo. Aunque había voces que se pronunciaban con mayor autoridad que otras, la desconfianza las ponía a todas bajo sospecha y uno debía orientarse con cautela en la selva de los celos. Mientras que *él* seguía mostrándose a la ciudad, aquí y allá, manteniendo como siempre la glacial distancia, la ciudad intentaba reconstruir su secreto, juntando una pieza tras otra.

Llegado a aquel punto sus apariciones carecían de importancia: ya no nos preguntábamos por su aspecto, su vestido o sus gestos ni discutíamos sobre sus lugares de preferencia. Ni siquiera nadie estaba ya perplejo por el hecho de que un solo hombre hubiera conmovido, sin pronunciar palabra, la vida de millones. Ahora lo único importante era saber qué había hecho. O lo que para algunos era todavía más turbador y concreto:

¿Qué ha estado haciendo con nosotros?

Esta pregunta terrible se vio pronto completada por otra que se comunicaba con aprensión, en voz muy baja.

¿Y si habla?

El que *él* pudiera hablar, tras su prolongado mutismo, se insinuaba como una amenaza sin precedentes ya que, sin razón, se deducía que era capaz de extraer recuerdos de cada una de nuestras memorias.

No sé cuándo surgió esta idea casi demencial, pero cuando surgió, lo hizo con una fuerza desbordada. Su sola enunciación nos arrancaba las vísceras de la memoria para ser expuestas en la plaza pública. Si *él* hablaba la ciudad se haría transparente, frágil como el cristal, y nuestras pieles también serían transparentes.

Con la consagración de esta idea empezaron las primeras manifestaciones de hostilidad. Hasta entonces había prevalecido, primero, una divertida curiosidad y, luego, una tensa incertidumbre; pero *él* no era visto como un enemigo. Ahora muchos dudaban.

¿Y si habla?

La pregunta terrible se agravó una mañana, al inicio de la primavera, cuando, cortante como el filo de una espada, una información cayó sobre la ciudad. Fue imposible averiguar por qué aquel rumor se impuso, tenaz, sobre los demás rumores. Tampoco se supo, claro está, su origen, aunque todos apuntaron hacia el personal del hotel, sitiado desde hacía semanas por voces que exigían su complicidad.

El extranjero nunca fue extranjero. En todos estos años no ha salido de la ciudad.

Me han dicho el número de la habitación.

Nos ha estado vigilando.

De pronto la confusión de los últimos meses parecía desvanecerse. Las fuentes eran fidedignas, tan aplastantemente fidedignas que no permitían la menor vacilación. Las noticias se sucedían de manera vertiginosa, y cada una producía el efecto de un mazazo.

Nos ha estado vigilando.

Él nos vigilaba desde su habitación año tras año, día tras día, minuto tras minuto. Ignorantes, habíamos pasado centenares de veces bajo su ventana mientras *él* observaba cómo crecíamos, cómo envejecíamos, cómo nuestros pasos se iban ralentizando bajo el peso de la duda. Nos había examinado tan rigurosamente que había podido penetrar en nuestros pensamientos y sabía lo que, por pereza, miedo o abdicación,

habíamos dejado al margen del camino. Había sido el vigía de nuestros gestos para, según sospechábamos, llegar a ser un custodio de nuestra memoria.

Esta conclusión era insoportable.

Por eso escogió este hotel. ¿Quién no ha pasado muchas veces por delante? Nos podía espiar sin problemas.

Había una furia creciente contra *él* que iba aumentando hora a hora. ¡Qué se ha creído! ¡Vigilarnos todos estos años!

El día era largo y caluroso. Bajo la claridad del atardecer, el Paseo de Gracia era un hervidero y múltiples dedos señalaban hacia el hotel. Algunos hacia un balcón del segundo piso que permanecía cerrado.

Sabe que lo hemos descubierto. Nadie lo ha visto desde hace días.

En efecto, yo tampoco lo había visto desde hacía días. Paradójicamente estaba tan habituado a oír hablar de *él* que no había reparado en su ausencia durante los últimos conciertos. La agitación se prolongó hasta bien entrada la noche, pero, pese a los amagos de invasión, nadie se atrevió a penetrar en el hotel. De vez en cuando los grupos se abrían para dejar paso a sorprendidos turistas que miraban a un lado y a otro buscando la causa del tumulto. Creí, por un momento, que aparecería la policía para resguardar la seguridad del hotel.

Sin embargo, no fue necesario. *Él* parecía tener todavía el poder suficiente para mantener un abismo entre su figura y las nuestras. Con la oscuridad, la multitud se fue disolviendo hasta que el vacío se apoderó de la amplia acera que se abría ante el hotel.

Me separé de mis acompañantes, tranquilizándonos mutuamente. Simulábamos aceptar el curso final que habían tomado los acontecimientos: *él* era solo un loco, un rico estafalario que se gastó una broma a sí mismo. Quizá toda esta explicación era falsa y se trataba tan solo de un extranjero que había permanecido un tiempo en la ciudad, ignorante por completo del revuelo que habíamos creado a su alrededor.

Yo también acepté estas posibilidades. Pero no pude dormir en toda la noche, pues, con la sinceridad del insomnio, aunque continuaba sin saber quién era *él* para los demás, sí sabía, y con toda certeza, quién era para mí mismo. En el silencio nocturno lo veía crecer conmigo, con mi misma edad, a mi mismo ritmo. De pronto, sin embargo, nos separábamos.

Pasaban los años y, mientras yo iba olvidando, *él* seguía recordando desde algún lugar que no podía ver.

Quizá era, en efecto, desde aquella ventana hacia la que señalaban los dedos acusadores; quizá estuvo apostado allí durante años, como aseguraban las habladurías. Me vigilaba, nos vigilaba.

Me sobresalté al imaginar que el insomnio se había apoderado de la ciudad y que cada uno de sus moradores estaba pensando, en aquel mismo momento, en el guardián de sus recuerdos.

Nunca supe si esta fantasía de insomne se había hecho realidad. Lo cierto es que tras aquella interminable noche en la que supuse que todos permanecíamos en vela, *él* desapareció de nuestras vidas. Nadie volvió a verlo mientras el monstruo del rumor daba sus últimos coletazos.

Ha muerto.

Dicen que ha sido asesinado.

Volvió a su país.

Sigue allí, en la habitación, observándonos.

Las noticias se extinguieron. Y mientras lo extirpábamos de nuestras conversaciones, no ocultábamos el alivio, la decepción, la alegría o la tristeza que nos causaba su desaparición. Desde aquella noche no he hablado de *él* con nadie, no sé qué piensan los demás del asunto. Entretanto, lo busco con disimulo en cada concierto al que asisto y también hoy lo buscaré.

Si bajan por el Paseo de Gracia y se detienen a observar el hotel, verán que el balcón del segundo piso siempre tiene las persianas cerradas. Aunque esto, como muy bien sabemos, no prueba absolutamente nada.